

El pensamiento de Guerra Junqueiro

(De *El Sol*, Madrid).

1

ALGUNOS han querido ver una contradicción entre la muerte de Guerra Junqueiro, dejando tácitamente intervenir a la Iglesia en su sepelio, si bien sin entregarle expresamente su voluntad y la obra de toda su vida. Pero es raro que la conciencia de un hombre de su envergadura se escinda como una amiba en cada nueva generación. Tales disgregamientos del ser originario ocurren sólo en organismos y caracteres inferiores. En las naturalezas elevadas la esencia del individuo es siempre igual a sí misma, aunque varíen sus formas y accidentes, como en el camaleón. Y aun en los hombres más contradictorios persiste su ingénita identidad, que es cierta flaqueza de la mente para advertir el tejer y destejer de sus obras y pensamientos; son Penélopes sin saberlo; se contradicen porque lo natural es que no sepan nunca lo que dicen.

Pero, por regla general, las contradicciones humanas no pasan de las apariencias; hay una raíz constante, una unidad indestructible, salvo en la muerte, de la conciencia. Eso acontece con Guerra Junqueiro. Su estética está ya en sus primeros versos de adolescencia, en su *Bautismo de amor*, escrito a los diez y siete años. ¿He dicho su estética? He querido decir: su metafísica, expresada en formas de arte. Todo es uno y lo mismo.

Son pocos los artistas que consiguen hacerse una metafísica, ya original, ya tomada de otros y adaptada a su específica naturaleza. Lo frecuente es que la emoción artística no se transmute nunca en pensamiento, en una concepción intelectual del mundo y de la vida. Casi siempre el artista se queda en una nebulosa del sentimiento, y si canta es, como el pájaro, por un impulso más biológico que reflexivo. Es entonces lo que Schiller llamaba poesía ingenua, no por eso menos deliciosa, sino acaso todo lo contrario. No basta, sin embargo, tener una filosofía bien metodizada para crear arte; rara vez, partiendo de la idea, se alcanza la belleza artística, y cuando eso acontece, el hombre que logra tamaña fortuna es casi único y se llama Platón. Abundan los filósofos empeñados en vestir de diversas formas artísticas sus ideas; pero casi siempre sus obras no son ni arte ni filosofía, pobres de vida y de pensamiento. El verdadero artista arranca, con su intuición, del mundo inexplicado de la naturaleza y de la conciencia, y lo corriente es que permanezca ante él en una actitud de éxtasis o pasmo, sin pretender penetrar en el misterio para definirlo y juzgarlo. Sólo alguno que otro se esfuerza por remontarse de la vida a la idea, elaborando un concepto de su arte y sometiendo la emoción a un orden intelectual. Cuando ese afán se realiza, hay una conjunción de la filosofía y el arte aunque el pensamiento esté sólo implícito en la obra artística y no registrado separadamente. Entonces la creación de arte es a la vez una manera de interpretar el universo y la existencia, es decir, en sus aplicaciones una doctrina moral. Toda obra de arte, consciente o inconscientemente, lleva en sí una ética, y decir, por lo tanto, de una producción artística que es moralista, es cometer no menor redundante inepticia que decir del día que es luminoso, y de la noche que es oscura, y líquido el mar, y flúido el aire, y eminente la montaña, y limitada la inteligencia del hombre.

La mayoría de las veces esta doctrina moral es tácita y está profundamente recóndita en la obra del creador, al punto de que



[Guerra Junqueiro

no siempre se sabe cómo juzga a sus propias criaturas. ¿Qué no se ha dicho, por ejemplo, de la actitud de Cervantes con Don Quijote? ¿Lo concibió para burlarse de él, como sus personajes episódicos, o para ofrecérselo al mundo como arquetipo de ejemplaridad humana? ¿Y qué pensaba Shakespeare de sus caracteres? No es fácil, ciertamente, averiguarlo; pero tampoco imposible. No hay obra de arte de alguna eminencia que no pueda reducirse a un tratado de moral, ya consuetudinaria, ya fuera de lo común. Pues qué, ¿no es empeño más arduo descubrir las intenciones éticas de Dios, y no estamos viendo al hombre, desde que existe, afanado en crear religión tras religión, para explicarlas y rendirles su acatamiento?

Pero otras veces el artista nos ahorra este intrincado trabajo y nos deja, bien preciso, el pensamiento fundamental de su creación. De ese linaje era Guerra Junqueiro. Se podrá disentir de su filosofía o no valorarla en tanto como su obra poética; pero no decir que sólo se sirvió de su cerebro para embriagarse en el desordenado tumulto de las emociones, emitiendo imágenes e

investivas con la misma inconsciente naturalidad con que el ave trina y la flor irradia perfumes y colores. Si fue primero hombre de sentimiento, no dejó después de abordarlo y decantarlo en la meditación. La idea, como ya queda indicado, está latente en él desde sus mismos comienzos; pero no se concreta y define hasta 1892, al concebir *Los simples*, doblados ya los cuarenta años—había nacido en 1850—. En la «nota» final que pone a ese libro, «mi mejor libro», según reza la dedicatoria, se lee esta confesión: «Llegado precozmente, por el sufrimiento, al ocaso de la vida, atravesé, años ha, un período agudo, bien doloroso y triste, más al mismo tiempo saludable. Ante la muerte próxima, en una ansiedad inenarrable, me sentí electrizado, como por encanto, de súbitas energías. El problema del «más allá» (como ahora se dice) imponíase, dilacerante y devorador, a mi naturaleza inquieta de religioso y metafísico. Pero el problema de la muerte es, en el fondo, el problema de la vida. Estudié, pensé, medité. Leí con avidez millares de páginas. Días, noches, semanas, meses, revolví en el cerebro abrasado todos los enigmas, torturante. Pedí a la historia natural (única historia verdadera) el secreto íntimo de las cosas. Pregunté a la razón, oí la conciencia. Me di un balance de mí mismo. Y conseguí, al cabo, lo que deseaba: tener de la vida, tener del universo una idea metódica y definitiva. ¿Cuál? No es este el momento de decirlo ni eso interesa seguramente».

Sufre esa crisis a que hacen alusión las palabras precedentes a su vuelta de las Azores, en una de cuyas islas fué secretario general del Gobierno civil por el favor de algunos amigos políticos, según declara el mismo Guerra Junqueiro en su terrible artículo *La ejecución de una cuadrilla*, publicado en 1910. Regresó muy enfermo de las Azores, lo que le impidió asistir apenas al Parlamento; fué elegido diputado en 1878. En el mismo artículo escribe, refiriéndose a su actitud política de entonces: «Yo era monárquico, no por ideal, no por sentimiento, sino porque una forma de gobierno más elevada y democrática no se ajustaba a las circunstancias del país. Yo creía que dentro de la monarquía de D. Luis se podía intentar aún una obra fecunda de resurgimiento, dedicándose a ella un grupo de hombres de voluntad, fuertes por la inteligencia y por el carácter; yo veía en Oliveira Martins el jefe perfecto, el hombre de Estado superior. La ilusión fué doble».